

LA  
CAPITANA

Julia García Castro

# Capítulo I

Hola, me llamo Celia. Hoy os voy a contar mi historia.

Todo comenzó cuando tenía 12 años, ese día empezaba 1º de la ESO. La verdad es que no estaba muy nerviosa, pues ya me había cambiado de colegio cuatro veces. No tenía hermanos y vivía con mis padres y con mi abuela. Tenía una gatita que se llamaba Fashion. Era y lo sigo siendo muy presumida, me encantaba la moda y mi abuela me diseñaba vestidos maravillosos. Desde pequeña siempre tuve muy claro qué quería ser de mayor: diseñadora, hasta ese año; en la que mi vida dio un giro de 180 grados. A mí me gustaba mucho el fútbol y veía todos los partidos del Real Madrid con mi padre, así que decidí apuntarme al equipo del colegio. Yo nunca había jugado y la verdad es que los deportes no se me daban muy bien; pero yo quería intentarlo. Además, ponía que era un grupo mixto y estaba segura de que iba a haber otras chicas que no sabían jugar bien a este deporte. También me apunté a inglés y alemán y solía irme en bici hacia la academia. Me encantaba dar paseos en bici, era mi gran pasión.

El primer día de colegio fue maravilloso, todos mis compañeros me recibieron muy amablemente y entablé

amistad con Nerea, una chica simpática a la que le encantaba la moda, igual que a mí. También me fijé en Iván, un chico majísimo y muy guapo, que pronto me enteré que me acompañaría en mi clase de fútbol. Todo fue sobre ruedas: los compañeros, la directora, los profesores... No podía estar más feliz.

Después del comedor, me fui en bici a casa y les conté a mi familia todo mi día. A ellos no le sorprendió, pues sabían que yo era muy extrovertida y alegre.

Hice mis tareas, me duché, cené y me fui a dormir. Ese día había sido fascinante, pero también agotador.

Al día siguiente me levanté con mucha emoción. ¡iba a ser mi primera clase de fútbol! Estaba nerviosísima e ilusionada para que llegaran las seis de la tarde y comenzara el entrenamiento; aunque también sabía que antes había seis eternas y aburridas horas de clases de lengua, francés, tecnología, historia, matemáticas e inglés. Es verdad que iba a estar con mis nuevos amigos y se me haría la clase más amena y divertida.

Pues bien, llegué a clase y allí me esperaba mi amiga Nerea. Estuve comentando con ella el último desfile de Channel y ella me puso al día de todos los cotilleos de la clase: que Joaquín quería a Ana, Ana quería a Javier, Javier quería a Ángela y que Manuela y David eran novios. ¡sí que sucedían cosas en la clase! ¡y eso que sólo era el segundo día!

Comí en el comedor y ¡me senté al lado de Iván! En ese momento yo no lo reconocía pero tengo que admitir que me gustó desde el momento en el que le vi. Hablamos de fútbol toda la comida y también hice buenas migas con sus amigos: Lucas (el que le gustaba a Nerea), Pedro, Alberto y Fabio.

Nos despedimos y yo me fui a casa en bici, como siempre. Hice los deberes rapidísimo, creo que como nunca antes lo había hecho. Yo era un poco empollona y la cosa de aprender tampoco me desagradaba mucho.

Me duché, me lavé el pelo y me lo recogí en una coleta. Me puse la equipación del colegio que mi padre por la mañana había comprado, y mis botas de tacos de Cristiano Ronaldo. Me sentía una auténtica futbolista, aunque mejor dicho un auténtico futbolista; puesto que en ese momento no conocía a ninguna mujer famosa que practicase ese deporte. Cogí mi bolsa de aseo, de deporte, las espinilleras y la sudadera, y me subí al coche. Esta vez no iba en bicicleta, no quería llegar sudando a mi primera clase.

# Capítulo II

Llegué al polideportivo. Me moría de la vergüenza... ¡no había ninguna chica! ¡Eran todos chicos, con cara de burros, hasta el entrenador la tenía! Estuve a punto de echarme atrás pero me dije a mí misma que tenía que ser valiente y que ellos no me llegarían ni a la suela de los zapatos en unas pocas clases. Bien era cierto (y yo lo sabía), que el deporte y yo no éramos amigos, ni los bichos, ni los animales...

En lo de la suela de los zapatos me equivocaba de cabo a rabo: ¡eran buenísimos! El entrenador me saludó y me dijo: “hola bonita ¿te has perdido? La clase de gimnasia rítmica está en el pabellón.” En ese momento os juro que tenía ganas de darle un puñetazo y mandarlo a freír espárragos, cosa de la que ahora me arrepiento.

Yo le contesté: “soy su nueva alumna, si no me equivoco, pues voy a clases de fútbol”-y como no me pude contener por tal comentario, le busqué las cosquillas diciéndole: “tiene la camiseta puesta del revés”. Eso era cierto y era una cosa que no soportaba de la gente. ¿Acaso no había ningún espejo donde mirarse? Eso me decía que era una persona muy despistada.

Bueno, no empecé muy bien la clase pero decidí aparcarlo y centrarme en lo que yo había venido a aprender: fútbol.

Corrimos durante 10 minutos (algo agotador) y estuvimos dándonos pases con la pelota. Yo era malísima en comparación con ellos, pero gracias a Iván, Pedro, Lucas, Alberto y Fabio, lograba sentirme más integrada en el grupo. El equipo estaba formado por 19 niños y yo, la única niña. El entrenador era muy exigente con todos nosotros, y parecía estar muy frustrado conmigo. Creo que no estaba preparado para enseñar a jugar a una chica de 12 años como yo. Pero a mí me daba igual, yo lo seguiría intentando. Todo mi equipo me caía fenomenal, excepto Francisco, Juan y Mateo, que eran unos chulitos que se reían de mí por jugar mal. Los demás me aceptaron muy bien en el grupo y fue la razón de peso por la que no dejé atrás este deporte.

Después del entrenamiento, me fui al vestuario, donde me encontré con mi amiga Nerea. Ella sí que estaba en gimnasia rítmica.

-¿Qué tal el deporte? ¿Has jugado con Lucas? ¿Te ha hablado de mí?-dijo Nerea nerviosa y a su vez emocionada.

-Nada nuevo. Solo estábamos centrados en el fútbol- dije yo entre risotadas.

Y así es como volví a casa; feliz, porque esa tarde había sido fantástica.

## Capítulo III

Era sábado por la mañana e intenté centrarme en el partido que en esa tarde me esperaba. Como vivía en una casa con jardín, me había improvisado una portería con dos fregonas y un par de zapatillas. Trataba de meter goles, dar buenos pases con mi padre y correr con la pelota sin que ésta se me fuera o yo me cayese.

No se me daba tan mal como yo esperaba, al fin y al cabo, no tenía experiencia alguna. Toda mi familia iba a verme en el partido, aunque ya sabía yo que era suplente y no titular. Pero también, lo veía razonable; otros niños sabían jugar mejor que yo y las oportunidades me las tendría que ganar. Yo era optimista y antes de comer estuve haciendo mis deberes y diseñando vestidos para mis muñecas.

En la hora del partido, estaba nerviosa, ya que, aunque no jugase, quería que mi equipo obtuviese un buen resultado.

En el polideportivo donde se disputaba, me esperaba Iván con la equipación y con un tupé que le quedaba fenomenal. Nos presentó a sus padres y a sus hermanos: Víctor, el mayor; y Daniela, la pequeña. Me parecieron todos muy majos.

Era el minuto 78 de la segunda parte y nuestro equipo iba ganando 6-4. Olía a victoria, y efectivamente así fue.

Como yo esperaba, no salí a jugar. Tampoco jugaron Mateo, Francisco y Juan, cosa que me agradó por haber tenido el día anterior tal comportamiento conmigo.

Se notaba mucho que a Iván le caía bien, pues me invitó a un helado con sus amigos después del partido. Todos hablaban de la victoria del Barça frente al Real Madrid y yo me moría de rabia. Ninguno era de mi equipo. Aún así, fue una tarde muy amena en la que me gané la confianza de los chicos y su gran amistad.

Volví muy cansada tras un largo día aunque saqué un ratito para leer, una de mis aficiones.



# Capítulo IV

Volvía a ser lunes otra vez. Las semanas iban pasando lentamente, llenas de continuos exámenes y exposiciones. También repletas de entrenamientos y partidos, entre los cuales no había disputado todavía ninguno. Yo notaba una gran diferencia entre el día cero y ahora, un par de meses después, y creía que al entrenador cada vez le gustaba más cómo jugaba.

Nerea e Iván se convirtieron en mis mejores amigos y con otras amigas de Nerea y los amigos de Iván formamos una pandilla. A mí me gustaba Iván; y quedábamos mucho para merendar o jugar un rato. Creía que el sentimiento era mutuo.

Cada vez me gustaba más el fútbol, y un día antes de la final de la liga de alevines, en el entrenamiento, el entrenador me dijo que yo era titular. Lloré de la emoción. ¡Era mi primer debut y era en la final de la liga! Jugaba de centrocampista, y ya tras varios ensayos, el tiro a portería se me daba mejor.

Una gran capacidad que tenía para el fútbol era la de la observación de las jugadas, pues como siempre iba a partidos, me fijaba en los errores nuestros y del contrario y se los decía al entrenador. Él siempre, muy prudente, me daba las gracias, aunque en el fondo yo sabía que le servía de gran ayuda. Mis compañeros me habían llamado

“ojo de halcón” por mi capacidad de corregir jugadas y errores. Me sentía muy orgullosa de mí misma, y también de ellos, puesto que habían conseguido aceptarme tal y como era (aunque al principio con algunos roces).

Mi familia me alababa constantemente por mis progresos, y mi padre le contaba a sus compañeros las victorias de mi equipo siempre que había partido.

## Capítulo V

Llegó el gran día: la final.

- “Dos grandes equipos lucharán por alzarse con la copa que les acredita ganadores de la liga”-decía el presentador un minuto antes de que empezase el partido.

Tenía ganas de vomitar, estaba nerviosísima, el campo era enorme, era la única chica futbolista y toda mi familia (incluso primos y tíos) y mis amigas estaban eufóricas por verme jugar. ¡Es que no entienden que eso me crea más presión.

Salimos todos de los vestuarios con cara de guerreros en una guerra sin tregua, dispuestos a darlo todo para ganar el partido.

Sacó el capitán del equipo contrario, y a los quince minutos ellos ya nos marcaban dos tantos a cero. En el minuto veinte Iván corre recibiendo una asistencia de Fabio y ¡GOOOOOOOOOOOL!

Empezamos a remontar: 2-1.

Llegó la segunda parte y en el minuto sesenta Lucas marcó ¡GOOOOOOOOOOL!

Yo había robado balones pero poco más que eso fue lo que hice en el partido.

Llegó el minuto noventa y hubo un empate: 2-2. Tocaba penaltis.

Cada equipo se reunió para decidir quién sacaba los iba a sacar, y el entrenador decidió que el primero lo sacase Lucas, el segundo Francisco, el tercero Alberto, el cuarto Mateo, y el quinto, Iván. Yo estaba convencida y los apoyaba profundamente. Todos ellos se merecían ese privilegio.

Lucas lo tiró sin problemas y el del equipo contrario también.

Francisco marcó un golazo y al contrario le hicieron un paradón de película. Todo el estadio estaba en silencio.

Alberto y Mateo metieron y los jugadores del otro equipo también.

Llegaba el turno de Iván. Estaba deseando que lo metiese y justo antes de que tirase dijo: “quiero que lo tire Celia”. Me puse roja como un tomate y el corazón me iba a mil. El entrenador, un poco dudoso, aceptó al fin que yo tirase.

Pues bien, llegó mi turno. “Celia va, se prepara, chuta con la pierna izquierda y ¡GOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOL! por la escuadra”.

No me lo podía creer. Todo mi equipo, familia y amigos se abalanzó sobre mí. Yo estaba contentísima. ¡Habíamos ganado!

Cuando todo se calmó le agradecí a Iván todo lo que había hecho por mí y él me respondió con un beso en la frente.

Fue el mejor año de mi vida y en ese momento, decidí a qué me quería dedicar profesionalmente: al fútbol.

Ahora soy capitana de la Selección Española de Fútbol y es un honor contar mi experiencia mediante una bonita historia.